

## DE DOS POETAS

ECOS LEJANOS, por Carlos Guido Spano.

BAJO-RELIEVES, por Leopoldo Díaz.

Tengo sobre mi mesa de estudio dos libros entre los que establece una relación interna y armoniosa, un estrecho vínculo ideal, la participación en una manera de poesía cuya fórmula puede concretarse en el amor y el imperio de la forma pura. El lazo con que placenteramente los reúno en esta crítica, traduce al mismo tiempo que el orden inmediato que ocupan mis lecturas de entrambos, la analogía del juicio y la identidad de las impresiones.

Titúlase el primero *Écos lejanos*, y lleva a su frente un nombre de poeta que es un glorioso guión en los reinos del sentimiento. Carlos Guido Spano ha coleccionado las páginas dispersas de su producción de los últimos años y nos ofrece un libro nuevo.

Atendamos al acento del poeta; agrupémoslos en torno suyo los que conservamos todavía, en lo hondo del alma, el amor de las idealidades en derrota, como en el idilio de Chénier los pastores cariñosamente agrupados, con solicitud reparadora del rigor de la muchedumbre indiferente, al rededor del rapsoda errante que habla en el lenguaje de los dioses de las cosas bellas de la vida!

Mme. de Staël llamaba a la ancianidad de los varones ilustres, «la aurora de la inmortalidad». Afirmanos nosotros que si alguna vez puede hablarse de una ancianidad que tenga semejanzas de aurora es, sin duda, al tratarse de este poeta delicado, sereno, eterno adolescente del alma, cuya mano se tiende desde las cumbres blancas de la vida para brindarnos con un libro de versos que ofrece toda la espontaneidad, todo el candor y toda la frescura de la producción de la más bella juventud!

Detengámonos un tanto ante el autor del libro que va a ser objeto principal de esta confesión de impresiones. Su personalidad se destaca dentro de la literatura de su época, con los contornos precisos de un temperamento excepcional y de una escuela de poesía apartada de las ideas en ella prestigiosas y prevalentes. Llegó a la escena literaria en momentos en que se imponía triunfal a todos los espíritus, una nueva orientación del arte y el gusto; y vio pasar, en actitud de espectador, la legión de los cruzados románticos, desde auras serenas.—Puede, en cierto modo, afirmarse que fué su musa la Cordelia fiel al clasicismo entre las que aquí respiraron el hábito impetuoso de la tempestad hugoniana. Pero el clasicismo es un término de harta vaguedad. El definía, dentro de nuestras tradiciones poéticas, la escuela de aquellos que habfan consagrado en versos solemnes, majestuosos, vibrantes con las resonancias de la lucha, la gloria de la Revolución; y con los poetas de la Revolución no tiene seguramente el imaginador de «Amina» y de «Marmórea» más afinidad

de tendencias que con los que tremolaron en el torneo de nuestra vida literaria, los colores vistosos del romanticismo.—Ellos tenían por ideal supremo de la forma, el desorden pindárico y la elocuencia lírica; buscando la amplitud del tono declamatorio, pagaban pleno tributo a la difusión que era pecado literario de la época; en tanto que una de las calidades de la poesía de Carlos Guido es su concentración, su continencia horaciana, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites. Ellos no hallaban medio de desprenderse de la afectación de la oda académica, especie de pedestal a cuya planta abandonaba el poeta, como fardo innoble y pesado, su naturaleza de hombre, para asumir la gravedad solemne de un numen, sino cuando procuraban la falsa sencillez del madrigal ó de la égloga, en tanto que la elevación ideal y la forma pura y escogida se concilian perfectamente con la verdad de los afectos en el autor de «Écos lejanos».

Independiente el estilo poético de Guido de tradiciones de escuela; educado en esa alta inteligencia de la imitación que no excluye, sino estimula y fecundiza, el impulso de la libertad; concretando lo íntimo y sustancial del gusto clásico en formas personales y propias, el lazo por el que le reconocemos vinculado a los modelos de la antigüedad ha de atribuirse a virtud de la misma revolución literaria que destruyó en su tiempo las aras de un clasicismo falso y un remedo infecundo, y que logró apartar de las páginas del texto griego ó latino el prisma empuñador de Boileau.—Mientras el sistema de los imitadores modernos era herido de muerte por la crítica de los novadores, la intuición de lo antiguo, otorgada a los grandes artistas del Renacimiento, volvió a iluminar, más intensa y más pura, ciertas almas.—Desmoronóse el templo alzado en honor de la sabia regularidad y de la indeficiente corrección durante el soberbio reinado que la crítica del siglo XVIII proclamaba, sublimándolo sobre los tiempos de Pericles y los de Augusto, edad de oro del ingenio; pero «el amor de Grecia» cobró alas en el ambiente de esa ruina; y ella fué, más que nunca, para los entendimientos capaces de sentir sus prestigios excelsos, Tierra-santa de fervientes peregrinaciones ideales, desde que Andres Chénier, alcanzando la perfecta visión de un mundo desvanecido, hizo revelación de la divina sencillez del arte homérico, y desde que el evocador de la Elena robada al reino de las sombras sintió alborear en sí, pasada la tempestad que Werther propagó por la tierra, la olímpica serenidad que puso en sus versos el sosiego imperioso de los mármoles y quedó en él como la huella refulgente de la visitación de Apolo redivivo al santuario de su espíritu consagrado para un nuevo culto.

De esta fe poética es iniciado el autor de «Écos lejanos». Como epígrafe de una completa colección de sus versos vendría bien el hemistiquio inmortal de *La Invención*, que pide pensamientos nuevos labrados en el mármol antiguo.—Tiene del ateniense sacrificado por los escitas del

Terror, el aticismo en que ha colaborado más la naturaleza que la escuela; y cuando su numen, traspasando los linderos del campo donde se ofrecen los sacrificios de la forma, aspira al triunfo que se consagra con tributo de lágrimas, es para penetrar como él en esa zona crepuscular del sentimiento donde flotan las sombras de las heroínas de Eurípides, el eco de las quejas de Dido, y baten sus alas blancas y sedosas los alejandrinos de Racine.—Bajo el *tipoy* de «Nenia» se siente latir un corazón hermano de «La joven cautiva.» «Marmórea» tiene la triste languidez de «Neera».

De este abolengo ático de su naturaleza poética y su arte, nace como condición fundamental entre las que contribuyen a imprimirles sello distinto dentro de su tiempo, el señorío de todas las exquisiteces de la dicción y todos los secretos del ritmo.—El noviciado de la libertad literaria se tradujo, para la generalidad de nuestros poetas de América, en la voluptuosa *non curanza* de la forma, en el descuido, más ó menos conciente y confesado, de ese «culto del material» que hoy llega a la superstición é induce al delirio.—Eran los tiempos en que solía tenerse por consustancial a la naturaleza del poeta, el dón divino de la composición enteramente fácil y espontánea y de la producción abundosa. Confiábase demasiado en las abstracciones de cierta sicología estética que atribuía una sobrada realidad al mito del «numen», y acaso era tildada de prosaica la porfía difícil y tenaz de la labor.—Diríase que el romanticismo se inclinó a no reconocer sino la «magia negra», la magia no aprendida, en la taumaturgia del arte.—Era adorado el misterio de la inspiración que desciende al espíritu del poeta envuelta en nubes.—Hoy encontramos más poesía en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección: la lucha que llevaba la razón del Tasso a la locura, que torturaba el pensamiento de Flaubert, con alternativas de angustia y júbilo infinitos, y que el autor de *Levia Gravia* ha simbolizado en una imagen soberbia: los afanes del sátiro perseguidor de la ninfa leve y esquiva en el misterio de los bosques.

Fué concedido a nuestro poeta el honor del triunfo logrado en esa lucha, cuando respiraban los que con él compartieron la representación literaria de su época, vientos de tempestad, vientos de desordenada inspiración, y eran sus versos como soldados vencedores que vuelven del combate, desaliñados y altivos.—Tuvo entre ellos el indisputado dominio de la forma.—No ciertamente porque sea el labrado y blanquísimo panal lo que seduce en su obra por única excelencia; hay también miel regalada que gustar en sus transparentes alvéolos; sabé acertar también, sino con el intenso grito de la pasión, con el lenguaje de las delicadezas del alma que piden propagarse en ondas de luz, con la manifestación acabada de los afectos ingenuos, puros, apacibles, exhalaciones de suavísimo aroma que percibirán en sus versos sin necesidad de una aspiración esforzada aquellos que no hayan enervado su sensibilidad en el abuso

de los perfumes capitosos y ardientes. La poesía es irradiación de todas las facetas del espíritu, y como la naturaleza para cada una de las latitudes del espacio, ella tiene, para todas las latitudes del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura. Al lado de la poesía de la pasión y del dolor, que lleva el alma a las asperezas de la cumbre, admitamos como la vegetación risueña de los valles la que se debe a la serena y plácida concepción de la existencia; tal vez mecida por los deliquios de la voluptuosidad que embalsamaron la amena granja del Tibur y la estancia sabina, tal vez velada transitoriamente por el celaje de las melancolías más suaves y graciosas.—Pero el aspecto que manifiesta toda la superioridad de la obra poética de Guido, aquel en que principalmente puede ser ejemplar, es sin duda el de las exterioridades del verso; el que admiramos en las cuartetos de *Amira*, en las de la inolvidable bendición paternal, en el verso libre de *La Noche*, en las briosas octavas de *Adelante*.

Hay dos supremas manifestaciones de la belleza poética en la forma—según la poesía, que reúne y armoniza en cierto modo las calidades de las demás artes bellas, se inclina a participar del dominio de las artes del dibujo ó de la indeterminación del espiritualismo melódico.—Por una parte, la línea firme, el ritmo vencedor de la inmaterialidad de la palabra, el culto de las apariencias materiales y tangibles del verso que dan la sensación de contornos mórbidos de estatua, el arte de la imagen precisa, dotada de relieve, que puede hacerse pasar de la estrofa al mármol ó al bronce; el procedimiento, en fin, que pone en manos de los poetas, ya el martillo y el cincel del escultor, ya—como símbolo de los primores parnasianos—el diamante del grabador de piedras finas.—Por otra parte, el tejido tenue y aeriforme de los líricos, en quienes tiende la poesía a la vaguedad sentimental de la música; el de las rimas de Bécquer, el del líeder heiniano; semi-claridad de crepúsculo, levedad etérea, graciosa suavidad de una forma desdénosa del efecto plástico y el «número sonoro» pero que modelada para expresar las vaguedades del ensueño y la aspiración de lo inefable, encuentra su arte propio rehuyendo la severa precisión de la línea, espiritualizando los contornos de la imagen y la expresión, a la manera de muy trémula y vaporosa atmósfera del pensamiento, que parece pugnar por desasirse de los límites de toda concreción y toda forma, ó de levísimo incienso que aspira a la inmaterialidad.—Carlos Guido es de los que aman y señorean la primera manifestación de poesía; de los que trabajan el ritmo como el mármol, el pensamiento como inscripción lapidaria, y la imagen como escultura.

He querido recordar la significación individual y peculiarísima de este poeta que representó, dentro de su generación y su tiempo, una nota insólita, y que aún la hace vibrar, en nuestro ambiente helado, cuando de los cantos que tenían el imperio de las almas en su juventud, sólo resuena en nuestra conciencia un débil eco.—Ha personificado el culto indeficiente de la for-

ma, cuando las sugerencias de una época de improvisación de una literatura, y las influencias de la escuela, conspiraban para imponer cierto vicioso amor al desaliño; la amable serenidad del sentimiento, cuando vibraba en toda lira la repercusión de universales tempestades del ánimo; el desinterés de un ideal de poesía levantado sobre la ruda acción de la existencia é inmutable entre el oleaje agitado de la muchedumbre, cuando el poeta se armaba para descender, gladiador en nuestras discordias, a la arena del circo y era su voz el vaso de bronce donde se amplificaban las resonancias del combate.

El nuevo libro del intérprete de las quejas de Nenia nos lo exhibe aún en esa actitud, en esa atmósfera que se colora de un celeste diáfano y suave, presidiendo a la manifestación de una poesía siempre joven, de una idealidad siempre serena, de un espíritu que es todo luz y todo armonía. Reproduciré, sin orden, las notas marginales que encuentro en mi ejemplar de la colección elegantemente editada por la casa de Péuser—renovando así las impresiones de una gratísima lectura.

«América», que abre la colección a modo de pórtico amplio y majestuoso, es una *Atlántida* clásica, que ofrece, si se la pone junto a la del poeta excelsos de las cumbres, el efecto de la sencillez del templo griego parangonada con la magnificante irregularidad de la pagoda. El artífice habituado a todos los refinamientos de delicadeza plástica é ideal que dan la íntima nota de su estilo, pone en esta soberbia composición, las líneas firmes y severas del cincel que trabaja el mármol destinado a dominar sobre las calmas y tormentas de la muchedumbre para hablar a sus ojos con la expresión de un símbolo tutelar ó de un glorioso recuerdo.—«Rosa blanca», refundición de una de las más delicadas composiciones que lucen en otra colección poética de Guido, perteneció al género de «La Inocencia» y «Cuento de Flores» que, como la forma primitiva de aquella, embalsaman ha tiempo, desde privilegiado rincón de la memoria, nuestro espíritu, y tiene la intención del apólogo conciliada con la galanura del verso más espiritual y refinado.—«Sub-Umbra», que es un alarde de briosa y juvenil inspiración queriendo ser una nota desmayada de impotencia, luce en el ritmo y en la imagen un donaire infinito.—«Musgo», «Melancolía», «Soledad», sobre las que se proyecta la penumbra de un tono elegiaco atenuado, a veces religioso, dan ejemplo de cómo aun las acerbidades del desaliento y el dolor ostentan al resbalar por el cauce terso y pulido del verso que labra nuestro poeta, el impulso leve y gracioso de una onda que arrastrase, entre sus blancos copos de espuma, flores marchitas y despojos de alas destrazadas.—Las traducciones de los dos sonetos intercalados en *Les fils du Titien* de Alf. de Musset, y que modeló el poeta de las «Noches» en la espiritualidad refinada del amor petrarquista, adquieren de la similitud del molde labrado en nuestro idioma con la forma toscana, todo el aire de dos páginas ignoradas del *Cancionero*.—La figura épica de Pringles, destacándose sobre el medallón de bronce de otro sone-

to irreprochable, encuentra, quizás por vez primera, una digna consagración de su gloria, desde el esbozo rapidísimo, pero precedente al cabo de mano genial, que reproduce al ginete heroico en algunas líneas del *Facundo*.—Al pie de «Bajo-relieve» se ha detenido también el lápiz cuyas huellas me guían en esta evocación de impresiones. Son veinte versos de una absoluta sencillez, que encuadran una descripción apenas bosquejada, sin la íntima vibración del sentimiento, sin el halago de la rima.... Pero, qué gracia ideal en su estructura, qué supremo buen gusto, qué clásica y perfecta sobriedad! Para decir, de la manera propia del poeta, nada más que aquello, y decirlo de manera que encante y enamore, es necesario poseer el secreto que permite al elegido de las Gracias concentrar en un rasgo único y como trazado al pasar sobre la arena del camino, toda la esencia bella que otros se afanan vanamente en buscar al amparo de los grandes temas. Apréciense singularmente en esta página la morbidez elegante, el sello de distinción patricia, que imprime constantemente nuestro poeta á la voluptuosa modalidad de su expresión.—Cuando ensaya su musa, educada en la contemplación del ideal ateniense, la tonalidad plebeya de la trova, y canta en estrofas admirables de agilidad y de brío, la altivez de la raza y el amor del terruño, hace pensar su estilo en la manera peculiar de ciertas deliciosas composiciones de Juan María Gutiérrez; el poeta de la originalidad local conciliada con las supremas delicadezas de la forma, en quien la esencia de americanismo poético se filtra al través de urdimbres de rosas y de mirtos. Parécenos ver entonces una enredadera de nuestros bosques salvajes abrazando la columna esbelta de un templete.

Un toque rápido, una estrofa labrada con la preciosa concisión del epigrama antiguo, para servir de engarce á una lágrima, de resonancia á un grito de admiración ó de piedad, de contorno á un pensamiento ático, á una ofrenda galante, á una imagen leve y graciosa, resalta á veces en la blanca soledad de una página. El sello de su origen se reconoce siempre en estas notas ligeras, ya sean un tributo puesto en la tumba del cantor de «Granada», ya salude el poeta la gloria eterna de Roma, ya levante su mano para enjugar en el martirio de Íschia el llanto de Parténope, ó solicite frescos lirios de Arauco para ornar una frente pura.

Hemos pasado por el taller del viejo escultor; vengamos al del artista joven, donde aun se festejan los desposorios del cincel y la piedra.—No es, por cierto, el taller de un ignorado:—El nombre de Leopoldo Díaz ocupa ha tiempo, para los que aspiramos á la superioridad espiritual del buen gusto, puesto honroso en la más distinguida selección de las amistades de la inteligencia.—No tiene el culto de la forma, entre los nuevos cinceladores rítmicos de nuestra habla, un iniciado más fiel. No tiene la actual generación de poetas, en esta parte de América, nombre más alto.

Personifica entre los nuestros la tendencia de poesía para quien la perfección es el sueño supremo y el triunfo último, y reser-

va á esa audaz y fascinadora tendencia, días, de gloria.—Dueño de todos los secretos del ritmo, no le ha sido vedado el paso que conduce á las fuentes de la emoción y de la idea. Su «Byron» es un perfecto modelo de esa alianza. El sentimiento intenso y generoso arde en el seno de la forma implacable, como el ascua encendida en brasero de magnífico bronce.

Titúlase el nuevo libro «Bajo-relieves» y un solo molde métrico impera en todas sus páginas. «La invención de Guido d'Arezzo», la forma selecta y bien ceñida en la que el pensamiento avanza por grados, como destacándose sobre un fondo crepuscular, desde la sombra á la plena luz del verso último, ha halagado al don de habilidad técnica del poeta, que la domina, poseionado de su fuerza y su gracia, con altivez de vencedor.

Sobre los primeros sonetos luce el nombre de GRECIA. Es á menudo un asunto de la Fábula de belleza inmortal é inagotable—un dios ó un mito—el que se destaca sobre el fondo luminoso del verso, comparable á los gemas clásicos donde se entallaron escenas mitológicas. Bien la carcajada de Zeus que hace estremecerse el Olimpo, bien Eros, sobre la cumbre, bañado en sangre entre sus flechas de oro, bien Afrodita que brota de las blancas espumas ó el brazo fuerte de Diana tendiendo el arco vengador.—*Sisifo*, *Thanatos*, *Belerofonte*, *Edipo* y *Esfige* son de una belleza austera y admirable; pero triunfa singularmente el cincel cuando la figura reclama la suave morbidez de la línea. Así, *Leda*, *Pasifae* y *Bacante*.

En ROMA domina casi exclusivamente el cuadro histórico, tratado con el nervio dramático y la intensidad de color de que dan ejemplo *Heliogábalo*, *Syla*, ó *Silencio de Tarquino*.

Por los ACANTOS se siente pasar la vibración del alma moderna. El verso adquiere un tibio soplo de vida, un estremecimiento nervioso. Ya no es la flor de mármol, insensible é inerte, sino la viva flor, arrancada de su tallo para que luzca en urna cincelada.—*Muerta* y *Reclusa* tienen para mí la savia poética necesaria para vivificar muchos poemas; en la *Vieja Canción* hay un vago y delicioso perfume; *Stella* y *Distante* son de una delicadeza infinita.—Á veces, en los propios ACANTOS, triunfa sobre el sentimiento que es la calidad por que se singulariza la serie, la preocupación de la línea y del color. Vense entonces, dentro del marco repujado con primores de orífice, el cuadro del Crepúsculo, el de la Noche; la pálida flor que languidece entre el hielo; Véspero naciente en la profundidad de las sombras azules, y el perfil de la Dogaresa que entona al desmayar de la tarde su rondel sobre la góndola que boga en el canal silencioso.

Toma Leopoldo Díaz, entre otras condiciones del sentimiento y la plástica, al autor de *Trofeos*, el alarde de flexibilidad en la adaptación del colorido y del gusto á variados tiempos y lugares, que permite á Heredia pasar, sin detrimento de su intuición admirable de la historia en su elemento dramático y sensible, de los cuadros romanos de *Trebbia* y *La tarde de batalla* á la bizzarria puramente española de *Los conquistadores del oro* ó del *Romancero*, y el exo-

tismo japonés de *Samourai*.—El sonetista clásico pasa al Norte, después que ha probado su cincel en el mármol sagrado de las ruinas y lo ha teñido en sangre al recortar con él un girón del seno palpitante de nuestras inquietudes y nuestros dolores; y entre las brumas plateadas de los «Nibelungos» ve pasar el escuadrón de las vírgenes guerreras y la bandada blanca de las Wilis; la aparición de Elsa y su caballero legendario; Parsifal sobre el fondo tremante del incienso, y la Princesa en que Tánhäuser soñaba, dormida en su féretro como tumbergia silenciosa.—Luego, la ciudad ideal que puebla la multitud de Shakespeare, le abre sus puertas. Sobre la esbelta escalinata de catorce tramos marmóreos ascienden las dulces herofnas. Cuando ellas pasan, el verso adquiere el corte airado y la sombría tonalidad de la ola borrascosa, al evocar el horror de la sombra sarcástica de Bánquo y la infinita desesperación del Rey que llora junto á Cordelia moribunda.—Me parecen de los más hermosos é inspirados de la colección estos dos sonetos que quintesencian para encerrarle en pomo de metal precioso el absintio de las cosas más acerbas del trágico.—Admiro también el esmalte oriental y el ritmo voluptuoso de *La Sulamita* y *Salomé*; la crispación de fiera que se dibuja en los versos de *Herodias*; la casta sencillez de los que parecen modelados en la blanca túnica de *Ruth*.—En los CICLOS noto un esfuerzo de condensación aplicado á temas inmensos, que no se aviene con la naturaleza íntima del poeta ni con el molde métrico que usa; ambos más adecuados al motivo capaz de contenerse en formas breves y correctas, á la imagen de contornos claros y precisos, al pensamiento marcado con un sello profundo, que á la indefinida amplitud de las grandes generalizaciones históricas. Lucha allí con la insuficiencia del límite impuesto por la técnica la fuerza de expansión de temas que acaso se resistirían al poder sintético de Andrade.

Culto del verso por el verso! adoración estéril de la forma!—oigo clamar, condensándose las notas de indiferencia ó de censura que han llegado á mi oído á propósito de la genialidad de «Bajo-relieves».—¿Dónde está la palabra que nos adoctrine en nuestras dudas, que nos aliente en nuestros afanes, que nos conforte en nuestros dolores, en esta poesía de contornos perfectos, que sólo deja en nuestros labios, ansiosos del licor refrigerante, el contacto glacial del vaso cincelado y vacío?... El poeta, abandonado en nuestras luchas, pertenece á la idea, pertenece á la acción; y la poesía que merece los triunfos y la gloria es aquella que aspira á representar, como algún día, en la vida de las sociedades humanas, una fuerza civilizadora, una fuerza fecunda!—Yo que he participado, y aún participo, de esta fe en el sublime didacticismo de la palabra de los poetas, creo ante todo en la libertad, que Heine proclamó *irresponsable*, de su genio y de su inspiración. Cuando escucho exigirles que se interesen—bajo apercibimiento de destierro—en lo que Jesús llamó *las disputas de los hombres*, recuerdo á Schi-

ller narrando la historia de *Pegaso bajo el yugo*. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido por groseras y mercenarias manos á las faenas rústicas, símbolo de la directa utilidad y el orden prosaico de la vida. Él se revuelve primero para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya después de humillación y de dolor. En vano se fatigan sus amos; le desuncen, convencidos de la imposibilidad de domeñarle, y le arrojan con desprecio como á cosa inútil. Pero el antiguo dueño, que vagaba triste como él, le encuentra un día en su camino, sube, lleno de júbilo, entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso recorre los flancos del corcel rebelde á la labor, se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra!

Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, á la Poesía la fuerza de su libertad, y seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya ella nos aparezca como deidad armada y luminosa en nuestras luchas, ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento, ya extinga en sí la llama de la vida, como adormiéndose sobre lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la *caricia helada* de la forma!

JOSÉ E. RODÓ.

## ESTROFAS

Blanda cadencia de harpa vibradora,  
lenguaje arrullador de nuestra mente,  
idilio singular entre ilusiones,  
lira celeste,  
me parece su voz cuando le escucho,  
y aunque no pueda oírlo, me parece.

Luz de otros soles más hermosa y pura  
que la luz que en los cielos resplandece,  
relámpagos de blancas claridades,  
reflejos verdes,  
parece que descubro en su mirada,  
y aunque no pueda verlo, me parece.

Promesa de un amor que nunca acaba,  
juramento de amor que crece y crece....  
eléctricos destellos de un talento  
fulgido siempre,  
me parece que irradian sus pupilas,  
y hasta en su voz hallarlos me parece.

ADELA CASTELL.